

EVOLUCION Y RAZONES HISTORICAS DE LA GUERRILLA EN ESPAÑA

Comunicación del S. H. M. al XIII Congreso I. de C. H. celebrado en Moscú, leída por su ponente el teniente coronel don Ramón Sánchez Díaz el 21 de agosto de 1970.

Creemos que en la verdad culta y desapasionada de nuestro tiempo no cabe atribuir la paternidad de la guerrilla a ningún pueblo ni a ninguna raza.

Cada día está más claro que la Historia, al rasgar el velo de la vida que fue, presenta síntomas de evolución unitaria. Y opinamos, con Walter Goetz, que en el fondo de la Historia actúa un solo tema: el hombre y la configuración de la existencia humana, con igualdades y semejanzas que superan todas las divisiones en el tiempo y en el espacio.

Sin embargo, es inevitable que dentro del rotar unitario de la Historia, cada pueblo interprete el hecho histórico según su personalidad, lo que sirve de base a la Historia Comparada y da valor y colorido a sus conclusiones.

La guerrilla en su esencia primaria.

La guerrilla, tal como la circunstancia de su nacer histórico nos permite admitir, no es más que la reacción armada, violenta y extrema de la fracción de pueblo que renuncia a sucumbir.

Esto es la guerrilla en su esencia primaria. La guerrilla evolucionada, la pensada y calculada en los Estados Mayores, es guerrilla en cuanto a sus objetivos y en cuanto a sus posibilidades o modos de acción, pero nunca podrá inyectársele el tono heroico y popular de la guerrilla espontánea, la que *nace*, no la que se crea.

La guerrilla, como las *resistencias* de la última guerra mundial, surge, precisamente, del sector de pueblo que no se somete a la capitulación formal o que no acepta cualquier estado de cosas que juzga injusto. En este climax aparece el guerrillero y se constituye la guerrilla. Tratemos de deslindar este sector de potencial guerrillero.

Existe el pueblo de *plebs*, *plebis*, y existe el pueblo del *ethnos*; es decir: la raíz latina y la raíz griega, ésta con sentido más esencial, más inmanente. Para los romanos, el pueblo era masa, emulsión de unidades humanas; para los griegos, el pueblo era haz de individualidades homogéneas, con idea implícita de graduación y de categoría, aunque se hallara incrustado dentro del gran todo social. *Ethnos* es término más concreto, más definido que el de masa: una realidad fruto de diferenciaciones y estratos de carácter histórico.

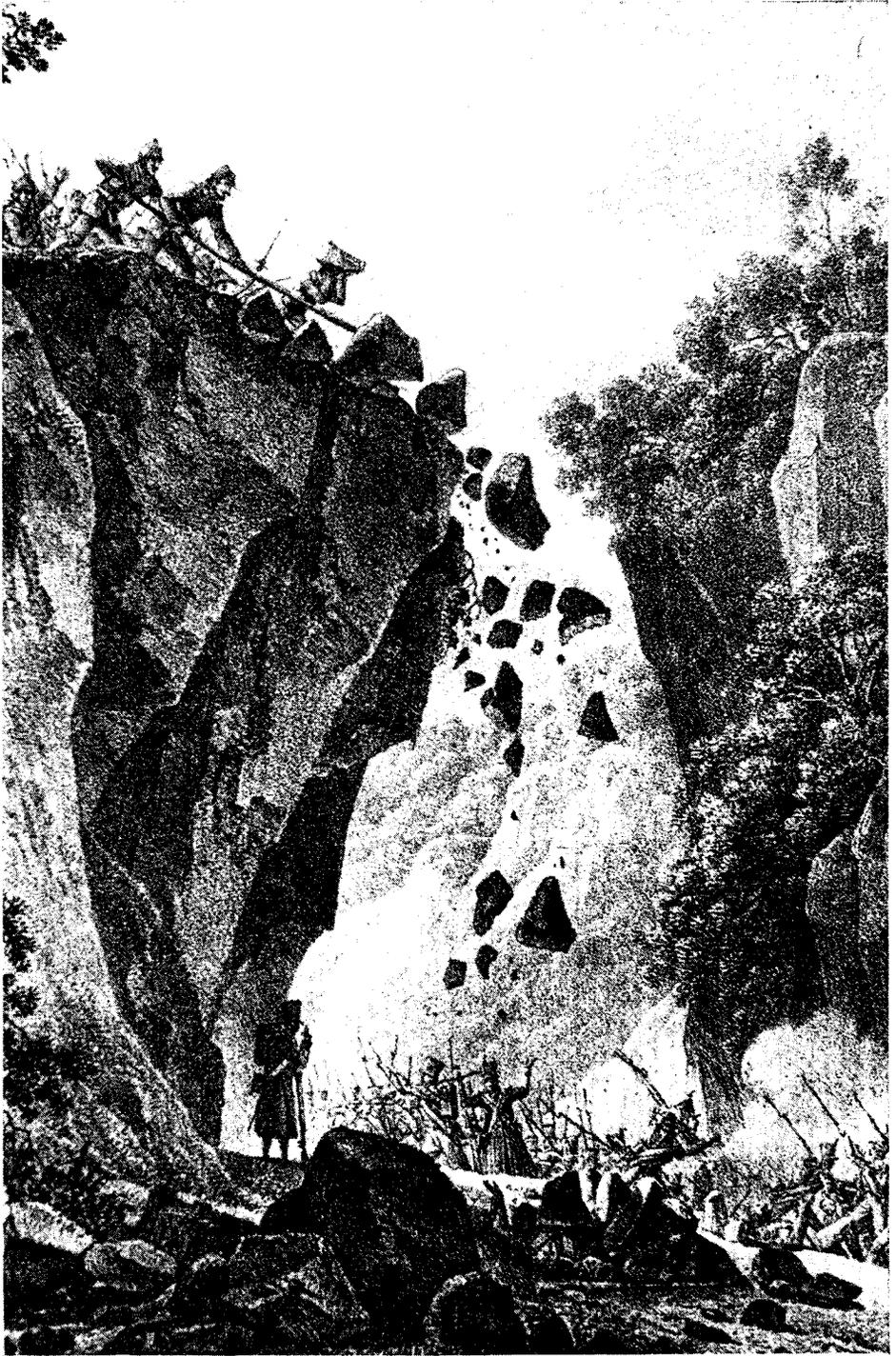
Masa y pueblo son términos prácticamente equivalentes, pero no iguales. La masa es poco sensible ante el acontecer histórico, pero hay un sector de pueblo —que no es masa— siempre dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias todo lo que considera justo. En este sector nace la guerrilla y lucha y muere el guerrillero.

El factor geográfico.

Si algo hay que encadena al hombre a su destino histórico, ese algo es el pedazo de tierra en que le tocó nacer y vivir. La Historia, en sus constantes insoslayables, se presenta como producto rezumado del suelo.

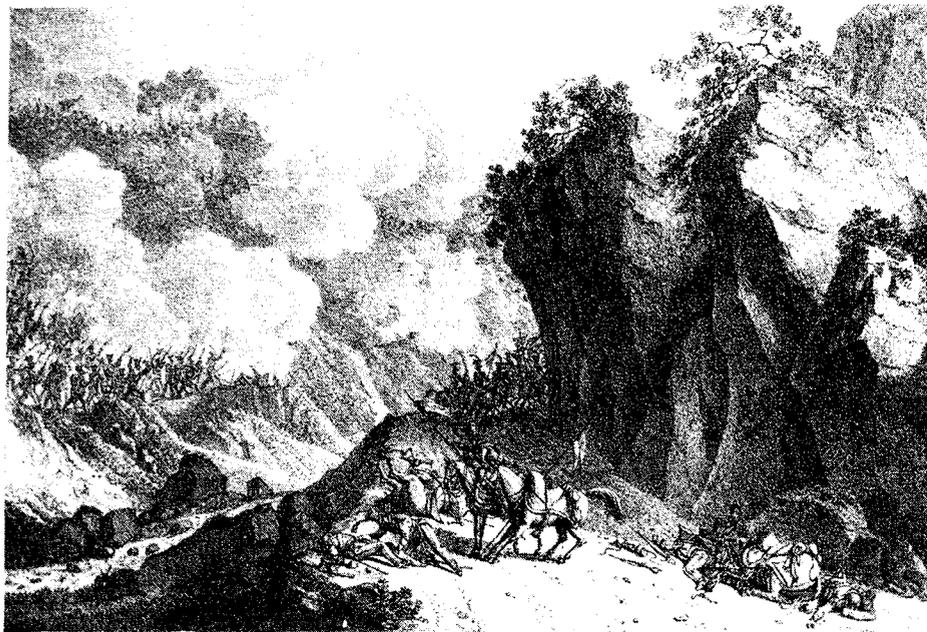
Toda conducta humana, toda actividad vital, es consecuencia próxima o remota de factores condicionantes. El carácter guerrillero de la lucha celtibérica contra fenicios, cartagineses, griegos y romanos, tuvo por marco de posibilidad la recia topografía de la Península, huella altiva de una geodinámica sin grandes concesiones al ansia fecunda de la Tierra.

Los pueblos invasores de la antigüedad, al afincarse en las zonas habitables y productivas de la periferia peninsular, empujaron al celtibero hacia el interior o hacia el complejo montañoso de la cordillera pirenaica. El celtibero, impotente y acorralado, hizo la guerra de la única manera que podía hacerla: *a lo bandolero*, como dicen los



Combate en el valle de Aoíz. Los franceses son sorprendidos por los montañeses navarros, que hacen rodar grandes piedras para defender el desfiladero.

(Grabado de la época)



Combate en Somosierra. Los lanceros polacos cargan en el desfiladero con intrepidez.

(Grabado de la época)



Bautismo de fuego de los reclutas del 12.º Ligero en Soria, luchando contra las guerrillas.

(Grabado de la época)

historiógrafos griegos y romanos, o a lo *guerrillero*, como diríamos nosotros con mayor exactitud. «Entre los pueblos peninsulares —refiere Estrabón— es frecuente la formación de bandas armadas, las cuales se lanzan a la aventura para vivir del robo y del saqueo. Son diestros en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados». Poseidonio, que escribió el año 100 a. J. C., habla así de los antiguos habitantes de la península Ibérica: «Cuando alcanzan la edad adulta, aquellos que destacan por su vigor y su denuedo, proveyéndose de armas y de valor, van a reunirse en la espesura de los montes, *donde forman bandas considerables*, que recorren Iberia acumulando riquezas con el robo, y lo hacen con el más completo desprecio de todo. Para ellos, la aspereza de la montaña y sus fragosidades es como su patria, y a ella van a buscar refugio, pues son impracticables para ejércitos grandes y pesados».

La romanización de España.

La romanización de España se halla inscrita en un lento proceso de asimilación que duró dos siglos. Un proceso lento pero no pacífico.

Al analizar las causas del cómo y del porqué de la resistencia española frente a Roma, brotan ejemplos en favor de que más que causas fueron consecuencias. Y sobre todo, que la romanización se verificó con importantes influencias recíprocas entre los dos pueblos en contacto.

En muchas ocasiones, la palanca que impulsó la resistencia hispana, tuvo brazos mucho menos espirituales de lo que parece. No se luchó sólo por la posesión e independencia del solar hispano, sino que también se luchó por la simple propiedad de la tierra, del agro cultivable.

Los pretores que Roma enviaba a España hacían compatible su función de gobierno con la de enriquecerse ellos mismos y con la de enriquecer luego a su plana mayor de funcionarios civiles y de mandos militares, alrededor de los cuales pululaban siempre los colonos, a quienes se entregaban por *donatio* grandes parcelas de colonización, que cultivaban con mano de obra indígena y régimen laboral de esclavitud.

En la distribución de la tierra no sólo se excluía al indígena, sino que se le desposeía de ella en beneficio de los colonos metropolitanos. En estos casos, harto frecuentes y reiteradamente registrados por los mismos tratadistas romanos, la causa material revertía en gesta de guerra orquestada sobre un fondo de dignidad, de honor y de exaltación patriótica.

Añadamos a esta circunstancia la falta de madurez del pueblo celtíbero, y añadamos también que esta falta de madurez sirvió de trampolín para hacerle objeto de las mayores humillaciones, como aquella especie de ley según la cual el soldado romano no podía contraer matrimonio legítimo con hembra hispana, y aunque lograda la *honesta missio* se llegaba al *connubium*, los hijos de tal concubinato nacían y eran esclavos de Roma.

Cuando al tornar de sus vicisitudes por la Península, Catón vendió en subasta de esclavos a los vencidos e hizo desarmar a todos los habitantes del norte del río Ebro, Livio comenta: «Aquella raza altiva lo soportó tan mal, que muchos prefirieron darse muerte a vivir desarmados, mostrando así su apasionado amor a la independencia».

Roma había confundido en España el concepto de poder con el de autoridad. Indiscutiblemente, el poder del gran Estado romano poseía validez operante, pero para transformarse en autoridad le faltó equilibrio moral y honradez intelectual.

España, provincia romana.

Con la *pax augusta* entró España en su estado histórico de provincia romana. El celtíbero de la *numantina rabies*, el pueblo *bárbaro y fiero*; los que, en fin, *preferían la guerra al descanso*, terminaron vistiendo túnica romana, aceptando la *lex* y sometiéndose al *gladium*. La península Ibérica, pese a su variedad interna, mantuvo su función de agente de fusión étnica, característica común a toda unidad geográfica de habitación.

Por otra parte, al disolverse las lenguas aborígenes en el crisol de la latinización, se extendió e imperó en España la civilización grecolatina y se abrieron las puertas a la unidad política y de pen-

samiento, quedando para mucho más tarde la unión espiritual de los antiguos celtíberos, que ha de ser consecuencia de su conversión al cristianismo.

Los guerrilleros de la paz.

Dentro de la *pax augusta*, que duró dos siglos, ¿qué papel cupo desempeñar al antiguo guerrillero celtíbero? ¿Acaso al ponerse la túnica romana dejó de ser quien era? Ahora veremos que el espíritu de lucha no muere ni se adormece. El *homo Hispanus* busca nuevas formas de actividad en el ejército romano y en la política de Roma. El guerrillero se convierte en soldado y el jefe de guerrilla se hace emperador... Séneca, el hispano, ¿qué es si no un guerrillero de la filosofía en la corte de Nerón? Aquella su frase —«¿Qué importa que falte un pedazo de pan a quien no le falta la posibilidad de morir?»— tiene todo el sabor de un dardo lanzado con ira.

Entre los guerrilleros de la paz cabe empadronar a la familia de los Balbo, naturales de Cádiz. El primero de ellos, Lucio Cornelio Balbo, llamado *el Mayor*, después de habersele negado el derecho a la ciudadanía romana —que obtuvo, al fin, gracias al célebre discurso *pro Balbo*, pronunciado por Cicerón—, fue nombrado cónsul por Octavio, siendo el primer extranjero que alcanzó tal dignidad. Este es el Balbo íntimo y privado de César, a quien acompañó en la conquista de las Galias. Otro Balbo famoso fue Balbo *el Menor*, sobrino del anterior, cuestor en España y luego cónsul, que mandó en Africa un ejército contra los garamantes. Al regresar a Roma fue recibido con los honores del triunfo a título de *procónsul ex Africa*. Era la primera vez que un provinciano atravesaba la Urbe sobre el carro triunfal.

Al declinar el magno triunvirato formado por Virgilio, Livio y Horacio, la *Urbs* recibe el fuego cruzado de una especie nueva de francotiradores nacidos en España. Pero estos francotiradores ya no utilizaban armas, sino que punzan el mundo romano con el ardiente estilete de sus ideas.

De Trajano a Marco Aurelio.

La incidencia de hombres hispanos en Roma es meteórica, fugaz: no constituye engranaje ni guarda relación de coherencia. Casi podríamos decir que los hispanos siguen siendo guerrilleros o fuerza viva de resistencia en el seno mismo de la gran metrópoli.

Así, pues, nada puede extrañar al historiógrafo que sea un español el primer emperador romano de origen provincial. Y tampoco debe extrañar que este emperador proceda de una órbita definida por sus propios méritos, ajena al parasitismo cortesano y al mundo ensangrentado y oscuro de la intriga togada. Marco Ulpio Trajano —a él nos referimos— surge de las filas legionarias y de un amplio y victorioso caminar por la siempre inquieta y rebelde Dacia, por Asiria, por la Arabia Pétreá, por Armenia, por la Mesopotamia y por su propia patria, España.

Plinio describió a Trajano diciendo de él que, siendo general, caminaba cubierto de sudor y polvo entre sus soldados, llevando el caballo de vacío; que ya emperador, hizo su primera entrada en Roma sin litera ni blanca cuadriga, sin escolta de satélites, a pie, sublime sólo por su prócer estatura, que se destacaba entre las turbas ciudadanas que se agolpaban a su paso; que al ser elegido cónsul juró su cargo en pie y delante de su predecesor sentado, y que, en fin, dio siempre muestras de la austera sencillez que Trogo, el galo, admiró en Viriato, máxima figura del guerrillero celtibérico.

Trajano, fiel a la *adoptio*, nombró sucesor suyo a otro español: su primo Publio Adriano, llamado *el Griego* por su afición a las bellas letras, hijo de Elio Adriano, de rancia levadura celtibérica, y de Domicia Paulina, española nacida en Cádiz. Adriano recibió el título de Padre de la Patria.

El trío de emperadores hispanos se acaba con Marco Aurelio, cuya muerte abre el cauce de los africanos. Cuando Aurelio Víctor escribe su *Historia de los Césares*, de su cálamo discreto se desgrana el peso importante de estas palabras: «Después de mucho oír y de mucho leer, puedo afirmar que la mayor grandeza de Roma se debió al esfuerzo y valía de los extraños. ¿Quién más divino que Trajano? ¿Quién más excelso que Adriano?».

Sea quien sea el hombre celtibero —legionario o emperador, filó-

sofo, poeta o cínico—, actúa en la escena romana sin intoxicación pasional ni envenenamiento intelectual. Al fin y al cabo es un provinciano, un advenedizo, *un extranjero*, como dice de sí mismo el gran Prudencio, poeta máximo, cuando ora en Roma ante el sepulcro de santa Inés. El celtíbero arrastra en el hondón de su alma el sueño antiguo de la guerrilla, donde se aprende que la estructura del diario combatir es obra de razón operativa, práctica, y no fantasía de espejismos inútiles. Por eso al ocupar en Roma zonas directivas, su presencia en ellas no puede ser aséptica, neutra, amorfa y confesional. Y es un galo, Pacato, quien legó a la Historia este precioso testimonio del concepto en que se tenía a Hispania: «... Hispania produce los durísimos soldados, los expertísimos capitanes, los fecundísimos oradores, los clarísimos vates; madre de jueces y de príncipes; la que dio para el imperio a Trajano, a Adriano, a Teodosio»...

La guerrilla se enclaustra.

Ocurre con frecuencia que lo que llamamos investigación histórica no hace más que situarnos en una base de partida condenada al inmovilismo o solamente apta para un despliegue modesto. ¿Cómo romper el cerco de nuestros prejuicios de época para asaltar las líneas fortificadas del tiempo? Hace apenas unos años que el hombre rompió la barrera del sonido. ¿Cómo romper la barrera del silencio que sepulta a vastos períodos de la Historia?

Un inglés —Martín Hume— al referirse a la invasión de la península Ibérica por los bárbaros del norte, dice textualmente: «Uno de los hechos más extraños de la Historia es que ni los soldados romanos ni la población latino-celtibérica opusiera a su avance ninguna resistencia eficaz». Hume es sincero: se desconoce la razón y la causa que explicaría esta pasividad.

Desde que los romanos pusieran por primera vez sus pies en la Península, habían transcurrido ya seiscientos años. Pero la fusión étnica no se verifica con el tiempo, sino que se produce por saturación entre los elementos que en ella intervienen, de la misma manera que en las reacciones químicas se saturan los cuerpos según sus valencias. El tiempo casi no cuenta. Basta un momento y sobran mil años.

Los bárbaros del norte se encontraron en España con la existencia de núcleos indígenas narcotizados por la dominación romana, pero no muertos para la Historia. Estos núcleos indígenas, ante la presencia del nuevo invasor, vuelven a organizarse en un género sutil de resistencia, algo así como de guerrillas espirituales, sin otro objetivo que el de la defensa del dogma católico, única manera de defender, a la vez, la línea de su patriotismo.

Al correr de los tres siglos que duró el predominio godo en España, estas guerrillas espirituales se convirtieron en concilios que hablaron y legislaron en nombre de la Nación, hasta el extremo de sancionar con su autoridad la legitimidad de los reyes, haciendo de éstos monarcas sacerdotales. Lo que permitió a los soberanos de España gobernar sobre una democracia vigorosa y voluntariamente sumisa. El apoyo de esta democracia es lo que liberó a los reyes del poder armado de los nobles, atenuando en España el auge que tuvo en otras naciones europeas el feudalismo germano.

Un lector poco advertido en las verdaderas causas que mueven la Historia, podría hallar pasión o exageración en el matiz que damos a la importancia del guerrillerismo en la evolución del pueblo español. Juzgar el espíritu guerrillero por el momento fugaz en que actúa la guerrilla, sería tan absurdo como valorar la línea recta y vertical, de por sí infinita, por su proyección sobre el plano. Nada hay que perjudique más a la Historia que la visión raquítica de los hechos. La guerrilla al aire libre es la misma que se enclaustra y la misma que escala el foro romano.

La Reconquista.

El movimiento expansivo del Islam tenía, en sus orígenes, alcance universal: el año octavo de la hégira, el Profeta había dirigido una proclama al mundo requiriendo la sumisión de toda la Humanidad a la nueva fe. Efectivamente, al invadir los árabes España, el año 711, no se detuvieron en la barrera pirenaica: en 720 habían conquistado Narbona y sitiado Tolosa (Toulouse); en 725 conquistaron Carcasona, sometieron una parte de Septimania y destruyeron Autun. Iban camino de Tours, capital eclesiástica del reino franco. En 737 ocuparon Aviñón transitoriamente y conservaron la plaza de Narbona hasta 759. Aparte de la victoria de Carlos Martel en la batalla de Poitiers, con-

tribuyeron a paralizar las fuerzas árabes en Francia las sublevaciones de los turcos y de los persas, la victoriosa defensa de Constantinopla por el emperador Isaurio, y la resistencia española de 718. A estas circunstancias, de por sí serias, es preciso añadir la situación creada por las rivalidades que desde el primer momento existieron entre los distintos bandos conquistadores. Sea como fuere, el intento musulmán constituye una de las grandes crisis de la Historia. Esta crisis duró a España 781 años —de 711 a 1492— y se llamó *Reconquista*.

La Reconquista nació, como signo de guerrilla, el año 718 en un rincón montañoso del noroeste de España (Asturias). El único nombre de hombre que recogió la Historia en esta ocasión es el de Don Pelayo.

Las crónicas españolas posteriores a la sublevación astur, a fuerza de abultar la personalidad de Don Pelayo y a fuerza de sublimar su gesto, lograron hacer de ambas cosas una sola: una hermosa y pobre leyenda de nobles caballeros, de rocas que se derrumban sobre el infiel, y de flechas enemigas que se revuelven en el aire contra sus propios tiradores...

Al despojar el hecho de su ropaje imaginativo, nos encontramos con la verdad incuestionable de que un pequeño grupo de españoles refugiados en la montaña hizo frente al invasor. Es la eterna guerrilla con su jefe. De esta célula primaria de resistencia —de esta guerrilla— habían de derivarse consecuencias inconmensurables para la historia universal. No podemos imaginarnos el giro que habría tomado el mundo si aquel pequeño grupo de españoles, como más tarde Carlos Martel, no hubiera hecho posible la Reconquista.

Después del primer medio siglo de lucha, la Reconquista presenta un balance bastante negativo para el Islam trasvasado a España, que pierde algo más de la cuarta parte del terreno conquistado. Ya hay dos Españas, la musulmana y la cristiana, y entre ellas, separándolas, una franja de tierra deshabitada, un *no man's land* al que se llamó *raya*. Estas rayas eran regiones abiertas a las correrías, donde se reñían combates de detención protagonizados, muy probablemente, por guerrillas españolas y musulmanas.

La Reconquista terminó con el triunfo de las armas cristianas seguido del repliegue islámico sobre el norte de Africa. Atrás quedaban ocho siglos de lucha, y quedaba también la huella inevitable

de los contactos humanos habidos en las zonas fronterizas y a través de mozárabes y de mudéjares. La vida beatífica entre moros y cristianos durante la Reconquista no es más que producto de especulación imaginativa por parte de historiadores con buena voluntad.

Después de la Reconquista, España quedó diezmada en hombres, semidesierta, y lo que es peor, minimizada ante Europa y deseuropeizada por el efecto aislante de la guerra —de ocho siglos de guerra: no por su evolución hacia lo oriental, pues fatalmente tenía que ser y era el país menos oriental de Europa y en el que se repelía toda forma de vida que no fuera cristiana y europea—. La rehabilitación de España como potencia europea nació en la aventura del mar. Un día, tres carabelas armadas a crédito, descubrieron América. Y España, por América, alcanza la mayoría de edad exigida para entrar y pesar en el concierto europeo. Porque Europa, pese a sus nacionalidades y a sus nacionalismos internos, fue siempre una especie de *club only for members*.

La guerrilla en la Guerra de la Independencia.

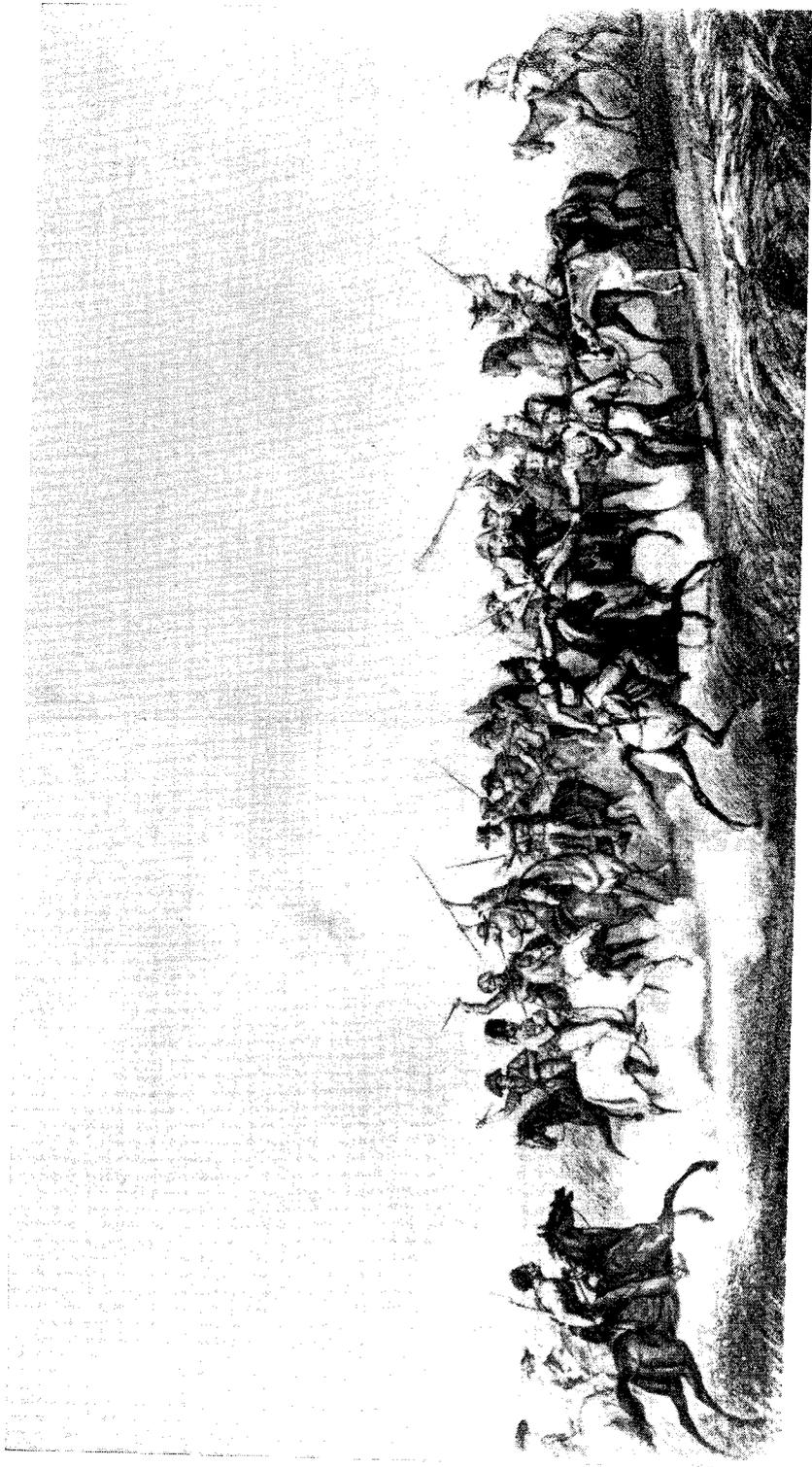
La guerra que el pueblo español sostuvo contra los ejércitos napoleónicos durante seis años —de 1808 a 1814— se conoce en España por guerra de la *Independencia*, y en el extranjero por guerra *Penninsular*. El calificativo que se le da en España debe entenderse como *de no dependencia*, pues la palabra independencia, usada como razón de guerra, nos llevaría a pensar en la lucha que contra un invasor territorial o contra un poder central mantiene un pueblo que no era independiente o que había dejado de serlo. En la España de 1808 no concurre ninguna de estas circunstancias, pues no llegó nunca a perder su independencia. José Bonaparte *fue rey de España* y como tal encabezaba sus escritos oficiales: «Don José Napoleón, *rey de España y de las Indias*»... Lo cual estaba de acuerdo con el decreto napoleónico: «Hemos resuelto proclamar rey de España a nuestro muy amado hermano José Napoleón. *Garantizamos al rey de las Españas la independencia y la integridad de sus Estados*».

La independencia se refiere más razonablemente a romper y acabar con la influencia extranjera en España, situación que el pueblo español venía soportando desde 1701, cuando el primer Borbón heredó el trono español.



Una mina ha hecho explosión en una de las casas de Zaragoza. Los franceses ocupan el lugar; un español solitario corre sobre un muro tambaleante.

(Grabado de la época)



Oficiales franceses apresados por una guerrilla española.

(Grabado de la época.)

España arrastró durante muchos años el dolor de esta guerra, cuya consecuencia más funesta fue el resentimiento del pueblo español frente al francés, con perjuicio directo para ambos e indirecto para Europa.

Al hablar de las distintas etapas evolutivas de la guerrilla española, decimos que la guerrilla es consecuencia y no causa de un estado de cosas que actúa como estímulo sobre el complejo hombre-unidad telúrica.

El mismo Napoleón reconoce esta *consecuencia*: «Las guerrillas se formaron a *consecuencia* del pillaje, de los desórdenes y de los abusos de que daban ejemplo los mariscales, con desprecio de mis órdenes más severas.» Lo dice en sus *Memorias*.

La guerrilla no era clasista.

La guerrilla no era clasista. Bastaba para sumarse a ella la condición de español, sin prejuicios de edad ni de origen social. El noble, el campesino, el fraile, el estudiante, el contrabandista... Y detrás, en sostén quintacolumnista, el viejo artesano, el viejo labrador, el hidalgo de nobles canas, las mujeres y los niños. Hubo guerrillas mandadas por médicos, por agricultores, por militares, por mujeres y por curas... La guerrilla, con ese nombre chiquito que hasta fue traducido al francés por *petite guerre*, ya tenía dimensión de guerra total, de nación en armas.

Es muy difícil de determinar el número de las guerrillas que existieron en este período. Entre las más importantes se han podido localizar 306: 20 mandadas por clérigos; 8 por mujeres 8 por militares; 4 por títulos nobiliarios del reino; 2 por médicos; 5 por alcaldes; 3 por pastores, y 256 por paisanos de otras procedencias.

Generalmente, las guerrillas recibían el nombre del que las mandaba, pero también las hubo que sólo fueron conocidas por el nombre del pueblo en que habían sido creadas o por la zona en que operaban.

Los reglamentos de guerrillas.

Tal fue la proliferación de la guerrilla durante esta guerra, que hubo necesidad razonada de institucionarla por medio de reglamentos que la sometieron —si bien con amplio fuero— al control de la justicia y de la orgánica castrense. Pero todo esto sin herir su carácter de fuerza espontánea y popular.

El reglamento más antiguo que de ellas existe es el de 28 de diciembre de 1808, curioso documento que consta de 34 artículos relativos a su organización, a su servicio y a derechos y deberes de los guerrilleros. Su artículo I dice: «Cada partida constará de cincuenta hombres de a caballo, poco más o menos, y otros tantos de a pie, que montarán a la grupa en caso necesario». En el artículo XIII se castiga la insubordinación *con las mismas normas que en la tropa viva*, y las faltas o delitos *con arreglo a las reales órdenes*. Por el XV *será suyo todo el botín del enemigo que vencieren por sí mismo*. La elección de las armas se dejaba al arbitrio del jefe de la guerrilla, y en cuanto al traje, *cada cual llevará el que le acomode*.

El 15 de abril de 1809 se publicó un decreto relativo al *Curso terrestre*, por el que se autorizaban las *armas y los medios para dañar al invasor*. A este decreto siguieron otros dos: el de *Reprobación para los dispersos que esparcen el desaliento por los pueblos*, y el de *Represalias*, en que se ordenaba el *fusilamiento de todo francés cogido en sitio donde se hubieran cometido las crueldades a que algunos se entregaban*.

Vistos estos reglamentos al trasluz de la época en que fueron promulgados, se observa en ellos que al propósito de fomentar la creación de guerrillas se añadía el de evitar un posible mal uso de la libertad de acción de que disfrutaban.

CONCLUSIÓN

La guerrilla ocupa un alto puesto en nuestra larga, densa y dura historia bélica.

La actitud guerrillera del pueblo español formó parte de un inmenso proceso histórico, en el que la situación geográfica de España

—fondo de saco de Europa y cabeza de puente de Africa— desempeñó un gran papel.

La presencia actuante de la guerrilla se acusa en todas nuestras campañas de ultramar y en todas nuestras guerras civiles, y el guerrillerismo sigue nutriendo amplias zonas del espíritu español.

A través de estas páginas hemos pretendido razonar el porqué de la guerrilla en España y el concepto que de ella se tiene, creyendo haberla presentado en su justa dimensión histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO GENERAL MILITAR DE SEGOVIA: *Expedientes personales de los guerrilleros*.
- ARCHIVOS DEL SERVICIO HISTÓRICO MILITAR ESPAÑOL: *Guerra de la Independencia*, año 1811, legajo 35, carpetas XXIII, XXIV y XXV; legajo 36, carpeta XXXIV.
- ALMIRANTE, José, General: *Bosquejo de la Historia Militar de España*, Madrid, 1923, 4 tomos.
- BECKER, Jerónimo: *Historia de Marruecos*, Madrid, 1915, 1 tomo.
- BERTRAND, Louis: *Histoire d'Espagne*, París, 1932, 1 tomo.
- Colección documental del fraile*: tomo 882, año 1809, y tomo 933, año 1812. Obra de 100 tomos, existente en el Servicio Histórico Militar Español.
- GARCÍA Y BELIDO, Antonio: *Bandas y guerrillas en las luchas contra Roma*, Madrid, 1945, 1 tomo.
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, General: *Guerra de la Independencia. Historia Militar de 1808 a 1814*, Especialmente, los tomos V. capítulo II; VI, capítulo III; VII, capítulo I; IX, capítulo IV; XI, capítulo IV; XII, capítulo IV; XIII, capítulo I, y XIV, apéndice 6, páginas 342 a 370, 14 tomos publicados de 1868 a 1903.
- HUME, Martín: *Historia del pueblo español*, Biblioteca de Jurisprudencia y Filosofía, Madrid, sin fecha.
- IRIBARREN, José María: *Espoz y Mina el guerrillero*, Madrid, 1965.
- JIMÉNEZ CASTELLANOS, Adolfo: *Sistema en que aconseja la experiencia deben combatirse las insurrecciones en Cuba*. Manuscrito inédito de la época, existente en el Servicio Histórico Militar Español.

- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*, Madrid, 1887, 25 tomos.
- LEGENDRE, Maurice: *Semblanza de España*, Madrid, 1955, 1 tomo.
- MALDONADO: *Historia Política y Militar de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1833, 3 tomos.
- MARGOLIOUTH, D. S.: *Islamismo*, Madrid, 1935.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*, obra magna del autor, en curso de publicación, que empezó en 1950 y va por el tomo 16.
- MINA, ESPOZ Y: *Memorias*, Madrid, 1851, 5 tomos.
- PRIEGO LÓPEZ, Juan, Coronel de Estado Mayor: *Guerra de la Independencia (1808-1814)*, 7 volúmenes en curso de publicación por el Servicio Histórico Militar Español.
- SOLANO COSTA, Fernando: *El guerrillero y su trascendencia*, ponencia presentada en el II Congreso Internacional de la Guerra de la Independencia y su época, Zaragoza, 1959.
- SOTTO y MONTES, Joaquín de, General: *Síntesis histórica de la Caballería española*, Madrid, 1968, 1 tomo.